

y con una barandita de madera. Hay un *armonium*, unos atriles con unos libros gigantescos que tienen cintas de colores para señalar las hojas y unas soberbias pastas de pergamino. También se ve allí, en un rincón, un tenebrario, que desde lejos parece un raro instrumento de música.

El pavimento de la iglesia es de losetas blancas y negras. Un tablero de damas. En la nave central una estera de esparto y unos bancos en fila, como en los colegios; delante, y ya rozando el presbiterio, una alfombra roja. Sobre ella, vigilados siempre por el sacristán y los acólitos, lindos reclinatorios con sus almohadillados de terciopelo, propiedad exclusiva de las devotas y devotos más ricos del pueblo.

Sin contar el altar mayor hay ocho capillas, una pila bautismal de granito, nueve cepillos y, en la columna próxima a la entrada principal, una concha auténtica de mar para el agua bendita. También, apoyado en una columna de la nave central, hay un púlpito que tiene una barandita de hierro, como el brocal de algunos pozos caseros.

Los nueve altares son nueve estampas místicas, unos con mérito artístico, otros



Martín de León

soledad y el silencio cuando no hay devotos prosternados ante los altares. Se siente como un hábito estremecedor que nos hace pensar en lo infinito. Columnas, curvas airosas de arcos, ventanales por donde se filtra cernida la luz del sol; arriba, la concha airosa de las bóvedas, donde suele haber nidos de golondrinas; cromos con pasajes de la Historia Sagrada ornar las paredes.

Aquí dentro, también bajo la modestia de la cal, se adivina que los muros, las bóvedas y las columnas son de piedra. El coro está en alto en frente del altar mayor



Martín de León